

DOMINGO IV DE CUARESMA

(14 de marzo de 2021)



La Palabra de Dios nos da hoy motivos para que nos llenemos de alegría, de la alegría que proviene de la certeza de que nuestra vida, nuestro destino, todo lo que somos y tenemos tiene su origen y su sustento en la gracia de Dios que nos precede y acompaña.

Estos ya largos meses que llevamos viviendo esta pandemia con todas sus consecuencias en el plano emocional, físico, económico y social, además de otros malos momentos que nos toca vivir en nuestras propias personas o en los seres que amamos, además de las malas noticias que nos llegan a diario de todos los rincones del mundo, y la perspectiva de una hecatombe ecológica podrían robarnos la esperanza,

ensombrecer nuestra fe en Dios bueno, poderoso y fiel, y sembrar en nosotros el miedo ante nuestro porvenir.

La primera lectura que escuchamos del Libro de las Crónicas pone a nuestra consideración la grave tragedia que vivió el pueblo de Israel por más de 60 años: fueron sacados de su tierra, quemaron su Templo y todo el país quedó desolado; querían también arrancar de sus almas sus creencias, sus costumbres, su fe en el Dios fiel a sus promesas. En medio de semejante tragedia un grupo del pueblo conservó su fe y guardaron las memorias de como Dios impidió el fin de la humanidad cuando las aguas del diluvio fueron vertidas sobre la tierra, guardaron y contaron la memoria de como Dios había sido fiel con las promesas hechas a Abraham, de cómo había rescatado al pueblo de la esclavitud de Egipto y de cómo lo mantuvo con vida por muchos años en medio del desierto antes de llegar a la tierra prometida.

Al recordar cómo sus antepasados lucharon con situaciones insostenibles y fueron capaces de superarlas -gracias a la fe que unos pocos pusieron en Dios que todo lo puede- se mantuvieron en vida y fueron capaces de visionar un futuro que estaba más allá de sus ojos y de sus posibilidades. A través de la fe de estos pocos que se mantuvieron firmes en la visión

que su memoria y su fe les otorgaba se les concedió a todos, después de 60 años, volver a su tierra y reconstruir su país y sus vidas, a través del medio insólito e inesperado del que Dios se sirvió para que recobrarán todo lo que se daba por perdido.

Como Israel cuando vuelve del destierro, nosotros seguimos habitando esta tierra y seguimos creyendo en el Dios que todo lo puede, gracias a las generaciones que vivieron antes que nosotros y que nos transmitieron la fuerza de la fe con que ellos vencieron las adversidades que les tocó enfrentar en su momento. La fe, la tenacidad, y la perseverancia de quienes nos precedieron y nos transmitieron la fe produjeron frutos que quizás ellos no disfrutaron, pero son una bendición para nosotros hoy. Libreos con fe las batallas que nos toca dar en el momento presente con la certeza de que algún día producirán resultados tan extraordinarios que pueden incluso sobrepasar nuestras expectativas, pues Dios que nunca se deja ganar en generosidad bendice nuestra entrega diaria por hacer este mundo cada vez más conforme a su querer.

Pero además de dirigir nuestra mirada al pasado para encontrar en dicha memoria motivos para mantenernos alegres en la esperanza, el evangelio de

hoy nos pide que dirijamos nuestra mirada también a Cristo que con su muerte, resurrección y ascensión a los cielos nos concede vida eterna. Esta vida eterna consiste en vivir nuestra vida en comunión con Dios - como hijos suyos- a través del don del Espíritu Santo que se entrega a los que creemos en Jesús Nuestro Señor (cfr. Jn 7,37-39) para que se manifieste en nosotros la vida en abundancia que Jesús nos trajo (cfr. Jn 10,10). La vida eterna que nos concede Jesús tiene que ver con nuestra plena comunión con Dios después de nuestro paso por esta tierra, pero al mismo tiempo esta vida eterna es un don que tenemos ya en nuestro ser y que se manifiesta en las obras que producimos. Esta vida eterna que Jesús ofrece a los que creemos en Él es un don real, el signo de que poseemos el don de la vida eterna es que amamos a Dios y amamos a los hermanos. Todo gesto de amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza bondad, fortaleza, esperanza, (cfr. Gal 5,22-23) es signo de que ya poseemos la vida eterna. Esta vida eterna es una oferta abierta a todos, basta creer y confesar con nuestros labios que Jesús es el Hijo Único de Dios que a través de su encarnación, vida, pasión, muerte, resurrección y ascensión a los cielos nos concede la gracia de la vida eterna, la gracia de ser hijos de Dios por el don del Espíritu Santo.

Queridas hermanas y hermanos que brote siempre en nuestros corazones la gracia de la alegría que nos viene de la memoria de las victorias que lograron los antiguos, gracias a la fe (cfr. Hb 11); que brote siempre en nuestros corazones la alegría de la vida eterna, la alegría de la comunión con Dios que se nos ofrece a los que creemos en Cristo Jesús como el Hijo Único de Dios que confiere a nuestras almas el don el Espíritu Santo que nos hace Hijas e Hijos de Dios y nos comunica la gracia de la vida eterna que produce frutos gratos a Dios y saludables para nosotros.

Les ruego que sigan en silencio y con toda su atención la oración que pronunciaré enseguida: **“Tú, el Resucitado, nos asumes con nuestro corazón tal y como es. ¿Por qué esperar a que nuestro corazón cambie para ir a Ti? Tú lo transfiguras. Con nuestras propias espinas enciendes un fuego. La llaga abierta en nosotros es el lugar por el que haces pasar tu amor. Incluso en nuestras heridas, haces que crezca la comunión contigo. Tu voz rasga nuestra noche y se abren en nosotros las puertas de la alabanza”** (Roger de Taizé).